

las paradojas de la economía española

La economía española nos presenta con relativa frecuencia una complicada gama de paradojas que dejan perplejo al estudioso de los problemas económicos y que llenan de confusión al hombre de la calle, no acertando a comprender lo que ocurre por las altas esferas de la planificación indicativa. Es lo que se dice una economía paradójica.

El verano de 1967 ha sido prolífico en este tipo de acontecimientos económicos. El primero que hemos de destacar está relacionado con la actual política agrícola y ha culminado en una fabulosa cosecha de trigo que asciende a cincuenta y tres y medio millones de quintales métricos, cantidad superior en más de un 10 por 100 a la de años precedentes. Como muy bien saben los agricultores, nunca se había visto nada igual en el campo español. Sin embargo, si se tiene en cuenta que el año anterior los excedentes de trigo ascendieron a once millones de quintales métricos, que se plantearon graves problemas de almacenamiento y que la exportación de este producto es sólo posible a precios muy inferiores de los que viene abonando el Estado a los agricultores, puede deducir el lector cuáles serán las consecuencias de la cosecha del presente año. He aquí el hecho paradójico: Una buena cosecha no pasa de ser una desafortunada operación económica.

Después de muchos años, economistas e ingenieros agrónomos vienen insistiendo en la necesidad de sustituir gran parte de la producción triguera nacional por otros productos que permitan una mayor adaptación de la oferta agrícola a las necesidades de la demanda, en continua expansión y diversificación. Si bien producimos trigo suficientemente, no alcanzamos a producir otros productos, que como los cereales-piensos, son necesarios e indispensables, para fomentar el desarrollo ganadero. España es diferente, y ocurre precisamente cuando disminuye el consumo de trigo "per cápita", aumenta a ritmos alarmantes la producción de trigo. ¿Se ha pensado qué hacer con tanto trigo en los próximos meses? ¿Por qué el agricultor es incapaz de afrontar las transformaciones necesarias en los sistemas y formas de cultivos?

Un periódico de la tarde sostiene que el agricultor es conservador y que no gusta de transformaciones y cambios, lo que no deja de ser un juicio de valor demasiado ligero y ciertamente peligroso si con él se pretende descubrir los males que pesan sobre la realidad actual. Seguimos creyendo —como hemos señalado en otras ocasiones— que el agricultor siembra trigo en lugar de otros productos por muy variadas y conocidas razones, entre las cuales hemos de destacar las siguientes:

- El alto precio del trigo.
- La relación existente entre el precio del trigo y los precios de los restantes cereales-piensos.
- La política proteccionista dirigida y fomentada a través del Servicio Nacional del Trigo, que responde a una política de autarquía y autoabastecimiento, que está hoy en contradicción con los intereses del propio desarrollo agrícola.
- Las actuales estructuras, que impiden la racionalización de los cultivos.
- La inexistencia de una política coordinada y flexible de precios agrícolas.

Está claro que si el agricultor escoge una forma de producción, lo hace consecuentemente. Si en las actuales circunstancias, el agricultor no acierta a producir lo que desean los consumidores, se debe a una defectuosa política agrícola que contribuye a agudizar las contradicciones que pesan sobre la agricultura, y exige un progresivo incremento de las importaciones de productos alimenticios, con todas las consecuencias que esto entraña sobre la Balanza Comercial.

Pero no terminan aquí las paradojas de la economía española. A la vez que la prensa diaria anunciaba los éxitos de la más reciente campaña triguera, inesperadamente el precio del pan experimentaba un aumento nada despreciable. Los excedentes de producción no se han correspondido con un descenso del precio, sino precisamente todo lo contrario.

ARTURO LOPEZ MUÑOZ

el negro le sienta bien a preminger

La institución del productor-director es típicamente americana. Esa doble actividad permite al autor expresarse con el máximo de libertad que puede tolerar la poderosa industria de Hollywood. Wyler, Stevens, Zinneman, Kazan, Kramer, Preminger y algunos otros han conseguido este grado de autonomía. Así, la responsabilidad de sus films es enteramente suya. Pero hay que entender que el tipo de «productor» americano es completamente distinto al del «productor» europeo. Este, en un sentido general, aporta el capital, llena el trabajo y elige a los miembros que van a participar en la película; el «productor» tiene una pretensión artística. Decide quién ha de ser el guionista y director del film, selecciona los actores e incluso marca un cierto sentido a su producción. En los años cincuenta, antes de pasarse al campo de la realización, Stanley Kramer se distinguió, en su calidad de «productor», como un hombre de ideas que promovía un tipo de cine inconformista y liberal.

Otto Preminger es de esta clase de productores-directores, quizá el que ha sufrido con mayor agudeza las contradicciones propias de tal institución. Su caso es significativo. Si repasamos la filmografía de este vienés afincado en Hollywood encontraremos títulos diversos, obras que, aparentemente, no tienen nada que ver unas con otras. Sin embargo, a lo largo de todas ellas hay un punto en común: La obsesión del astuto productor por los «platos fuertes». Sus films han sido siempre oportunos, han estado realizados en el momento justo y han gozado todos de un reclamo, más o menos morboso, que atraía al público: «Santa Juana», según la irreverente pieza de Bernard Shaw; «Buenos días, tristeza», apoyado en el tufillo erótico de las confesiones de un adolescente; «El hombre del brazo de oro», sobre un individuo atormentado por las drogas; «Carmen Jones», la ópera de Bizet trasladada a nuestros días e interpretada exclusivamente por negros; «Anatomía de un asesinato», la disección judicial de un crimen escabroso; «Exodo», la candente cuestión judía «Tempestad sobre Washington», el Senado norteamericano al desnudo; «El cardenal», aprovechando la coyuntura que ofreció el Concilio Vaticano II, atracción de interés para los fieles e impíos por la apertura y flexibilización del conservadurismo católico; «Primera victoria», justificación de la Armada norteamericana, en un momento en que la política exterior de ese país sufría —sufría— un considerable desprestigio internacional por su actuación en el Sudeste asiático...

A grandes rasgos, éste es la trayectoria de Preminger. Considerado por la crítica tradicional como un realizador habilidoso y discreto, elevado por la «nueva» crítica —especialmente la francesa— a la cumbre de los maestros, Preminger ocupa, desde luego, un puesto de primera importancia en la historia del cine americano. Como productor se aprecia en su obra un sometimiento a los imperativos del «best-seller», del éxito fácil, del tema de inmediato impacto sobre el público. Como realizador, cumple escrupulosamente las exigencias del productor.

Ahora bien, existe un Preminger menos espectacular y mucho más valioso desde un punto de vista artístico. Un Preminger que parece querer desintoxicarse de los grandes temas, de las películas importantes, realizando obras de poco presupuesto —dentro de la forzosa elevación económica de su cine—, en blanco y negro, con pocos actores... Preminger siente, entonces, la nostalgia de «Leura», su obra maestra indiscutible, aquella hermosa película protagonizada por Gene Tierney.

«Vardine», «El hombre del brazo de oro», «Anatomía de un asesinato» y «El rapto de Bunny Lake» entran en la categoría de esos films menores que acreditan la sensibilidad y el talento de este astuto productor, demasiado preocupado, en la mayoría de las ocasiones, de los grandes problemas que aquejan al mundo.

Se estrena ahora en España «El hombre del brazo de oro», película producida hace más de diez años. No hay que ignorar que este film entra también en el planteamiento de producción audaz de Preminger. Por entonces, la droga era un tema poco menos que tabú en el cine americano, Preminger abordó la cuestión con clara sinceridad, pero le interesa, sobre todo, contar minuciosamente la historia de Frankie, el hombre que trata de recuperarse del vicio. Con unos cuantos decorados de estudio —la calle en que se desarrolla gran parte de la acción está íntegramente reconstruida en el plató—, con tres estrellas —Sinatra, Kim Novak y Eleanor Parker— y unos pocos excelentes actores, Preminger se cifra al relato y crea un clima plenamente convincente. Quizá falte una indagación, a escala colectiva, sobre la motivación económica y social de la droga, pero tal como está planteado el film no se le puede hacer ningún reproche: el film es como es y no como nos gustaría que fuese. Aparte de que como es nos gusta bastante. Preminger tiene el coraje suficiente para mantener un plano largo en el que Frankie sufre por la falta de «pinchazo»; la escena es tolerable gracias a la asombrosa actuación de Sinatra. Kim Novak, actriz generalmente gélida e inexpresiva, consigue aquí una interpretación correcta. Y Eleanor Parker repite su acostumbrado número de mujer sufridora con gran eficacia.

JESUS GARCIA DE DUEÑAS